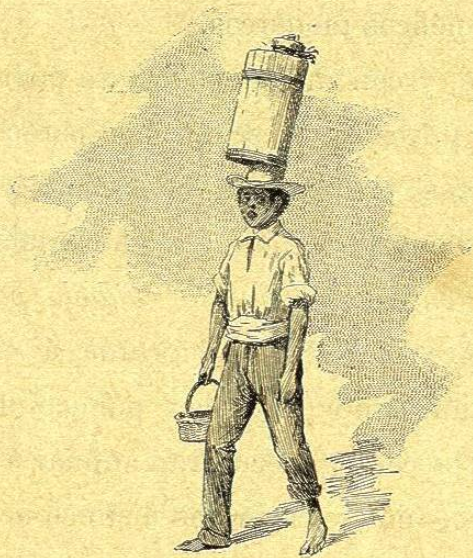


sación, que quizá te habrá enfadado por prolija, aunque tú has tenido la culpa, por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interés y compasión. Son ya las doce, y se me había olvidado que tengo que ir á casa del marqués.

Yo le dí las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurándole que, lejos de fastidiarme su conversación, siempre me era demasiado agradable por la instrucción que en ella recibía. Con esto se despidió el coronel, yo entré á hablar un rato con doña Matildita y su niña, y á poco me despedí también.



CAPITULO XV

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita y el casamiento de Culás y Marantoña.

Al día siguiente pasé mi catre, mi baúl y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el inmediato sábado llegó Pascual con los caballos. Sin pérdida de tiempo se avisó á doña Eufrosina para que dispusiera el paseo

por su parte, y ella contestó que por estar enferma iría en coche con unas amigas suyas; pero que don Dionisio y Pomposita irían á caballo.

En esa noche se dispuso todo lo necesario en las dos casas. A otro día oímos misa temprano y cuando volvimos de la iglesia ya estaba prevenida doña Eufrosina y sus amigas, don Dionisio, el anciano eclesiástico, el señor Labín, el licenciado Narices y algunos otros.

—¡Santa Bárbara sea conmigo! dijo Pascual al ver tan grande y lucida comitiva.

Todos oímos su desaforado grito y lo vimos coser la barba con el pecho; pero á ninguno le ocurrió preguntarle la causa; tal estábamos de entretenidos.

Se ensillaron los caballos y el de Pomposita se adornó con un famoso sillón: cada uno fué montando en el que le tocaba. Pero ¡cuál fué mi admiración y la de muchos, cuando vimos salir á la niña Pudenciana y á su mamá vestidas con sus túnicas de montar, calzadas con sus zapatos de botín, con acicates de plata y adornadas sus cabezas con unos gorros muy preciosos!

Inmediatamente que llegaron adonde estaban sus caballos montaron en ellos con bastante ligereza y comenzamos nuestra agradable caminata.

El acompañamiento era tan grande y tan lucido,

que traía sobre sí la curiosidad de las gentes que encontrábamos por las calles, siendo Matilde y su hija los objetos que más llevaban la atención.

Los caballeros que nos acompañaban se deshacían en elogios de Pudenciana, cuyo garbo les era demasiado agradable.

Unos decían que parecía una Palas, otros una Amazona; éstos, la emperatriz de las Rusias cuando fué al frente de sus ejércitos á atacar á la Puerta Otomana, y todos á porfía la colmaban de alabanzas y le dirigían sus comparaciones más ó menos adecuadas, pero según podían.

Tan repetidas alabanzas lastimaban fuertemente los oídos de Pomposita, quien, no pudiendo ya sufrir que ensalzasen tanto á su prima en su presencia, dijo:

—¿Qué te parece, niña? Cierto que has caído en gracia á estos señores. ¡Qué bien ha hecho mi tío en enseñarte á andar á caballo como los hombres! Yo, la verdad, estoy envidiosa de esa tu rara habilidad y desde ahora prometo que voy á empeñarme con papá para que Lailsón ¹ me instruya en el arte de la equitación, por si algún día me viere en necesidad de hacer maromas en el circo; aunque tú estás muy adelantada y podrás hacerme el favor de enseñarme.

¹ Don Felipe Lailsón, conocido en la Europa y en esta América por su grande habilidad en el arte de la equitación.

Pudenciana se puso colorada por la burleta de su prima; pero no se atrevió á responderle una palabra. Sus padres iban á tal distancia que no pudieron oír nada de esto; mas el caballero Labín se encargó de defenderla de este insulto, enfadado por la altanería de Pomposa, á quien dijo:

—Señorita, tiene usted mucha razón para envidiar la habilidad de esta niña, pues lo es en efecto saber montar á caballo y llevar el cuerpo con la gracia que ella lo lleva. Nada hemos puesto de nuestra bolsa en alabarla: si usted anduviera así mereciera nuestros elogios igualmente.

—¡Ay! ¿yo? ni pensarlo. ¡Dios me libre de ser tan ridícula ni tan machorra que montara á caballo como hombre! Mi papá y mi mamá dicen bien que eso es una indecencia en una mujer, y es querer hacerse muy singulares entrar por semejantes monerías.

—Sus padres de usted dirán lo que quisieren; pero pienso que seguramente se equivocan. Yo he andado por diferentes partes de la Europa, donde he visto que casi todas las señoras no montan de otra manera. Aquí en México hemos visto seguir esta costumbre á algunas extranjeras y españolas. Pero prescindiendo de los ejemplos, la razón y la experiencia nos manifiestan la bondad y la inocencia de

este uso.¹ Nada tiene de nocivo á la salud, cualidad que no falta á estos sillones.² Yo aseguro que con el movimiento del caballo ya no lleva usted la cintura muy á gusto, y no hemos andado media legua. ¿Qué sería en un camino largo? Tampoco tiene nada de indecente usándose con las precauciones que esta niña. Ya usted habrá visto que apenas se apea cuando, si quiere, con abrocharse los botones de otro modo ya está con túnico y enteramente en traje de mujer. Careciendo este uso de las malas cualidades de indecente y nocivo á la salud, tiene las ventajas de facilitar á una mujer el cabalgar, de hacerla menos pesada á los hombres que la acompañan, de proporcionarle la carrera sin riesgo, de librarla por consiguiente de un peligro y de precaverla, aun en el caso que caiga, de que se ofenda su honestidad. Que me señalen iguales ventajas en el uso de los sillones, y si no las pueden señalar, sujétemonos á la razón, y cuando más, que no admitan la moda; pero tampoco se burle nadie de quien la sigue,

¹ El señor Labín tal vez no ignoraría que Dios en el capítulo XXII del *Deuteronomio*, prohibió expresamente que el hombre se vistiera como mujer y la mujer como hombre; pero sabía que un caso de necesidad indulta de esta observancia, y el caminar puede ser este caso; por eso defendió la costumbre, sólo con esta ocasión, dejando á los teólogos la resolución decisiva de la materia.

NOTA DEL EDITOR. Es falso que el traje de que se habla en este lugar y usan las señoras para montar á caballo sea de hombre, aunque algunas piezas lo parezcan, pues nadie ni aquí ni en Europa ha visto á los hombres usar el túnico abierto que para esto se visten las mujeres.

² Las propensas á hemorragias ó flujos de sangre y las grávidas, pueden resentir, el montar á caballo, de cualquier modo que sea.

pues en esto se acreditará su necesidad. Tan malo es seguir las modas malas por capricho como no seguir las buenas por preocupación, y más cuando la razón nos convence de su utilidad.

Tanto se embobó Pomposita oyendo al señor Labín, que se le cayó el paragua sobre las orejas del caballo. Éste, sin embargo de su mansedumbre, se espantó al verse con aquel embarazo delante de los ojos, y sin esperar razones, dió la estampida, y á poco trecho cayó en tierra mi señora doña Pomposa, mal de su grado; pero en tan indecente postura que, cuando menos, nadie dudó de qué color eran sus ligas. Los mozos corrieron á atajar el caballo y nosotros fuimos apriesa á socorrer á la desventurada.

Inmediatamente la levantamos y la metimos en el coche. Por fortuna no recibió más daño que una ligera contusión. Su vanidad sí quedó bien abatida, y más cuando el señor Labín le dijo:

—Señorita, siento mucho este accidente, y para que no lo vuelva á experimentar, le aconsejo que aborrezca los sillones y se acostumbre á cabalgar como su prima, pues así irá siempre más segura en los caballos.

Dejámosla en el coche y continuamos nuestro paseo. El coronel y su esposa se juntaron con nosotros y fuimos andando y conversando todos alegremente, menos Pascual, que iba en su mula cabizbajo y pensa-

tivo sin hablar una palabra, manifestando que alguna pesadumbre oprimía su corazón.

El coronel reparó en su tristeza, y acordándose de la fervorosa exclamación que acababa de hacer en México á Santa Bárbara, no pudo menos sino preguntarle con el mayor empeño la causa de su aflicción.

—¿Qué tienes, Pascual, le decía, estás enfermo? —No, señor. —¿Te has arrepentido de que se case Culás? —¡Ojalá fuera ese mi cuidado! —¿Te falta dinero para alguna cosa precisa? — Aunque me falte y aunque lo tenga, de nada me sirve agora. —¿Pues qué tienes, hombre? ensánchate, á ver si podemos consolarte. —Apurarme más podrán sus mercedes por hora; pero eso de consolarme, ¿cuándo? —¿Conque nosotros podemos afligirte? ¿De qué modo? Vamos, explícate; no nos tengas en duda de ese enigma.

—Pues, señor amo, si no se ha de enojar su mercé, voy á confesarle la purísima verdad, aunque me cueste harto trabajo decirla; pero por eso se dice que más vale vergüenza en cara que rencilla en corazón, y que es más mejor ponerse una vez colorado que ciento descolorido, pues al buen pagador no le duelen prendas...

—Vamos, hombre, acaba con tantos refranes, que te nos vas volviendo Sancho Panza entre las manos. Despacha, ¿qué es lo que tienes? ¿qué te aflige?